

Viajando con Javier Tomeo

JORGE SALVADOR GALINDO

No es posible leer mientras conduces, pero sí observar por el retrovisor cómo lo hace un tipo, tu amigo, desde el asiento de atrás. Antes de sacar el libro contemplaba el paisaje a través de la ventanilla y sus ojos sufrían (por la gran velocidad, pero también porque ese paisaje era el tiempo que dejaba atrás, algo que jamás recuperaría) esa especie de movimiento involuntario y rapidísimo que llamamos nistagmo horizontal, de lado a lado, y que es algo así como leer una y otra vez la misma línea de texto o como dejarnos caer en la matemática de un palíndromo consecutivo y eterno.

Entonces, quizá porque se mareaba, mi amigo se dibujó en el retrovisor con un librito en las manos. Y comenzó a leer: "Mi nombre es Raimonius von Bernstein, barón de Cucurstein, y he cumplido treinta y cinco años, una buena edad para sentar la cabeza". Comenzaba yo (en aquel punto de la carretera que era el comienzo de la

novela que leía mi amigo) a disfrutar de alguna mueca en el espejo que delataba en su rostro la sorpresa, la sonrisa, el placer histriónico del más puro divertimento. Algo nuevo había descubierto en aquel libro, en aquellas primeras páginas. "Por lo que respecta a mi persona, les diré que estudié Física y Medicina en la Universidad de Sachastein y que todos los profesores están plenamente convencidos de que no pasará mucho tiempo antes de que, a despecho del tamaño de mi cabeza (reconozco que la tengo demasiado grande), me haya convertido en un experto en la construcción de monstruos".

Efectivamente, mi amigo había descubierto a Javier Tomeo (Huesca, 1935) y, por primera vez en aquel viaje que era suyo, pero también mío, recogía en sus retinas la danza de la singular literatura del magnífico autor aragonés. Y lo hacía leyendo su último artefacto ("Constructores de monstruos", Alpha Decay) como si le fuera la vida en aquel viaje de pirados o como si re-

corriendo ese camino, que era un trayecto de dos actores (como lo es toda la literatura), pudiera reconocerse en cualquiera de los personajes que habitaban la novela. Lo dijo Tomeo en alguna ocasión: "Todo monstruo es un mensaje amoroso no captado, un amor frustrado". Es decir, que todos somos monstruos, incluido mi amigo. Y es que lo suyo, antes de iniciar el viaje, era ya Javier Tomeo y era toda su literatura. Era toda la imaginación que se puede contener en un párrafo varado o en cualquier libro al que se llega por azar o tal vez, en ocasiones especiales, porque aquel que maneja el volante lo ha depositado al despiste sobre el asiento de atrás.

Últimamente mi amigo siempre habla de Karolus, el monstruo que construye el barón de Cucurstein con la ayuda de su secretario, Tadeusz von Rippstein. Un monstruo por exceso, Karolus, con varias mandíbulas de treinta o cuarenta dientes afilados, cuatro cerebros y cinco pares de ojos. Un monstruo ateo y bien ataviado con un pene



rígido con bisagra. Habla también del castillo de Furstendorf y ya prepara un nuevo viaje para visitarlo. Pienso que mi amigo se ha convertido en un monstruo encantador, como Karolus (con K de katástrofe). Y, si es así, ¿por qué no había leído a Tomeo hasta entonces? Perdonemos a mi amigo, porque el pobre no tiene párpados, y le bailan los ojos en las cuencas. Perdonemos a mi amigo porque su viaje a Tomeo, nuestro viaje, le ha servido para reconvertirse. Sin embargo, ¿qué se puede esperar de un tipo de lector que no escucha porque tiene una butifarra incrustada en cada oreja? Quizá que lea esta magnífica novela, "Constructores de monstruos". Y que concluya el viaje, sí, para reconocerse.